

# REFLEXIONES SOBRE LOS SIMBOLOS EN LAS FIESTAS ESPAÑOLAS.

Nina Epton

## LA FIESTA ESPAÑOLA EN GENERAL

La fiesta, que sirve para marcar determinados hitos en el ciclo anual, así como el ciclo de cambios en el organismo humano (aún no estudiado a fondo), es universal; pero en ningún país occidental ha alcanzado tanto relieve como en España. La palabra *fiesta* ha pasado a todos los idiomas europeos, porque no tiene equivalente.

¿Por qué? A mi juicio, la herencia músico-estética española es uno de los factores determinantes. Nadie como el español ha sabido combinar la riqueza de su vocabulario —repertorio de gestos (baile), sonidos (música) y sentido dramático (pasos, restos de autos sacramentales, misterios, luchas de Moros y Cristianos, procesiones)— con el amor intenso de la patria chica, que convierten la fiesta en un punto de reunión donde participan todas las generaciones con una gama de emociones que van de lo serio religioso hasta la risa infantil. La otra palabra española que ha pasado a muchos idiomas: *mañana*, con su significación de aplazamiento indolente, no se puede aplicar a las fiestas, donde la puntualidad es de rigor. El español, tan individualista, demuestra, en todo lo que se refiere a su fiesta pueblerina, un espíritu de equipo digno de admiración y de sorpresa para los que no les conocen bajo este aspecto insólito.

Un estudio científico, frío, seco de las fiestas no puede ser completo ni corresponder a la realidad si se aísla de su ambiente, palabra que refleja los intercambios emotivos y el calor humano que están en la base de la mayoría de las fiestas

españolas y que le han dado su fama. Hay que vivir las fiestas para comprenderlas a fondo; la participación es uno de sus aspectos y motivos más importantes.

Más que ningún otro pueblo europeo, el español ha conservado el instinto de la importancia del baile en la fiesta; del baile que entra en la iglesia o la ermita, en que participan jóvenes y viejos; el baile, cuyos gestos recuerdan, bien un hecho histórico o bien reproducen ritos destinados a mantener el bienestar del pueblo.

En las religiones orientales y africanas el dios creador es casi siempre un dios (o diosa) bailador. El movimiento está en la base de la energía y de la procreación. Nuestra religión hebraico-cristiana carece de dios bajo este aspecto. El Jehová de los judíos que hemos heredado habla, pero no baila. Parece que nació viejo. Pero el español baila con respeto y alegría delante de las imágenes de Dios, de la Virgen y de los Santos, en cuyos nombres se ofrece la fiesta. Si esto es considerado como «mitología» por los escépticos, contestaría, en las palabras de un antropólogo inglés: «¡Que triste sería la vida sin mitología!» (1).

Las fiestas, es harto sabido, tiene lugar por lo general bajo el manto de la religión y de la liturgia de la Iglesia. Harto sabido es también que la religión cristiana, sobre todo la católica, con su gran sagacidad y larga experiencia humana, ha incorporado en su liturgia elementos precristianos cuya significación simbólica es entrañable. Como éste es el aspecto que a mí personalmente más me interesa, y como un estudio detallado de los miles de fiestas españolas tendría que abarcar un conjunto complejo de estudios sociológicos, topográficos, económicos, etc., que está por hacer y acabaría por llenar varios tomos, me limitaré a algunos puntos sobre el simbolismo de las fiestas que podrían quizá servir de trampolín para los aficionados a esta rama tan fascinante de la antropología española (2).

## DE NOVIEMBRE A MARZO

Pasemos a fiestas concretas, consideradas bajo el aspecto temporal, con los símbolos que les corresponde, desde la época en la cual las fuerzas naturales van decreciendo y necesitan (según antiguas creencias que nada tienen de desdefiables desde el punto de vista biológico) un empuje de parte de los hombres para que no se mueran del todo y para que reaparezcan en la primavera. El organismo humano, por otro lado, necesita «sacudirse» y salirse de su torpeza invernal.

Esta época se extiende, aproximadamente, desde noviembre hasta fines de marzo (o Carnaval). En noviembre, el sol es débil, las hojas caen, la tierra descansa. Bajo la tierra, sin embargo, yacen las fuerzas dormidas de simientes que más adelante producirán cosechas y, además, riquezas minerales. En la tierra negra está escondido el oro, símbolo por excelencia de riqueza, pureza y poderío. El oro es uno de los regalos que le serán ofrecidos al Niño Jesús por el rey mago de *tez negra*.

Bajo la tierra están también los difuntos, los familiares ancestrales que, según creencias universales, se despiertan en esta época para visitar a sus familias vivas y, gracias a sus dotes sobrenaturales, hacerlas prosperar en el año nuevo (3). La relación difuntos-vivos es ambigua; los difuntos son capaces de ayudarnos, pero ellos también necesitan nuestra ayuda, oraciones y —sobre todo— recuerdos. No nos ayudarán si no les recordamos. Por consiguiente, hay que acogerles y luego despedirles para que no se queden demasiado tiempo entre los vivos, asustándoles y estorbándoles en forma de fantasmas. Esta creencia está diseminada tanto en Oriente como en Occidente.

En España se celebra el Día de los Difuntos o Animas el 2 de noviembre como una verdadera fiesta. Si hay tristeza, por lo general se disimula; se visitan los cementerios con flores y ramos, en grupos de familiares y, a veces, en pueblos aislados, con roscas especiales de la época (p. ej.: Benavente, Zamora, donde las mujeres preparan «panes de las ánimas», como lo hacíamos en Inglaterra bajo el nombre de pasteles de las ánimas [*soul cakes*]).

Como los españoles (salvo en el Norte, y aun allí menos que los demás europeos) son poco dados a creer en fantasmas, sea porque la Iglesia frena creencias que pudiesen relacionarse con el espiritismo de los herejes, sea porque tienen miedo que los cínicos se burlen de ellos, la presencia de fantasmas se oculta en el plano nacional bajo la costumbre de la representación teatral de la pieza de Zorrilla sobre Don Juan, en la cual aparece el fantasma del Capitán asesinado. Es significativo que aparezca en el curso de un *banquete*.

El banquete, en que se deja un plaza para los difuntos, se mantiene (como costumbre, antes más frecuente) en la fiesta gallega de San Andrés de Teixido (La Coruña), ermita aislada al lado del mar. El día de San Andrés cae en noviembre, pero, debido al clima, la fiesta se celebra en septiembre. El motivo de la fiesta está resumido en el refrán: «A San Andrés de Teixido, quen no vai vivo vai morto.» Es costumbre invitar a un pariente fallecido durante el año anterior a participar en la fiesta; para eso se le deja una plaza en la mesa donde merienda la familia después de oír la misa, foco central «autorizado» de casi toda fiesta española, lo que le da el sello de la ortodoxia.

El sentido humorístico no falta — es otra característica de muchas fiestas donde van escépticos como creyentes, cada uno por su lado y por distintas razones—. El escéptico va para disfrutar del ambiente de compañerismo, de la comida, de la bebida, del reencuentro con familiares, del baile, del flirteo con las mozas, y el creyente sigue con lo suyo y sus penitencias; las mujeres, en San Andrés de Teixido, como en muchas otras fiestas, van a la ermita de rodillas, cubiertas o no, según su grado de estoicismo, para cumplir un voto al santo de su devoción. Un escéptico que encontré en San Andrés dijo en voz alta que él había convidado a difuntos célebres a la fiesta para ocupar la plaza vacía en su mesa; aquel año convidó a la fallecida estrella de cine Marilyn Monroe; otro año había convidado al

ex presidente Kennedy. Se nota que había escogido a difuntos extranjeros, quizá para no ofender a sus compatriotas.

Otros símbolos interesantes encontrados en aquella fiesta son los panecillos colorados que se venden fuera de la ermita, en forma de macho, hembra y serpiente. Están fabricados por mujeres locales. Antiguamente se comían antes de oír misa. Hoy día se conservan como talismanes para traer suerte durante el año que viene. Por otra parte, los jóvenes buscan una hierba local llamada «hierba del amor», y beben el agua de una «fuente de vida» cerca de la ermita, sin duda lugar de ritos precristianos. Después de la misa se baila en la plazuela, y dicen que los difuntos invitados a la fiesta bailan también invisibles, pero «contentos de estar entre los suyos». Aquí no se teme a los muertos como en muchos lugares de España, sobre todo en Andalucía, donde la muerte está casi siempre asociada a ideas de morbidez y descomposición física, como en los cuadros tan típicos de Valdés Leal. Quizá sea porque el español da tanta importancia al aspecto físico, a la belleza (es el único país del piropeo), por lo que les repugnen tanto las consecuencias físicas de la muerte. Es un punto que habría que profundizar.

Es indudable que las figuritas que se venden en la fiesta de San Andrés representan a Adán, Eva y la serpiente del Génesis, nuestros primeros antepasados. El concepto de muerte está siempre ligado al de la creación o continuación de la vida, desde el aspecto vegetativo y animal hasta el de la especie humana.

En Oriente Medio, al fin del año se celebran los esponsales de un dios y de una diosa (papel representado por sus reyes) con un drama de la creación del universo. En nuestras iglesias, en la época de Navidad se leen, en el evangelio de las misas, los capítulos del Génesis sobre la creación y la historia de Adán y Eva.

Dicen en San Andrés que antiguamente los jóvenes iban a los bosques después de misa y que al año siguiente se producían muchos nacimientos. La parte de regocijo sexual de las fiestas juega un papel importante, y comprensible, sobre todo en los tiempos cuando los jóvenes tenían menos ocasiones de encontrarse.

Fin de año, solsticio, muerte aparente del sol y, después, su lento renacimiento y crecimiento, que hay que fortalecer. Por eso, en el plano espiritual, la Iglesia eligió arbitrariamente como día del nacimiento de Jesús —el segundo Adán, fuente de fuerzas espirituales— el día 25 de diciembre del calendario actual. Tenía también otras razones, entre las cuales el deseo de reemplazar al dios del sol, del culto tan popular de Mitra, cuyo nacimiento se celebra en diciembre. (El vocabulario español conserva esta noción de «sol» como el superlativo por excelencia. En ningún otro idioma que conozco se refiere a «un sol de niño, chica», etc., etcétera.). El Sol renaciente, la luz de la vida espiritual, se concentran en la Navidad cristiana alrededor del Niño Jesús. El «regalo» del año viejo es, antes que nada, el de la vida nueva. Los regalos de los reyes magos son símbolos de esta fiesta de la vida nueva representados por un niño. En nuestras fiestas cristianas de Navidad, el sol está reemplazado por la estrella (4), símbolo del destino desde los tiem-

pos de los primeros astrólogos-astrónomos de Babilonia. El año que empieza tendrá su «destino» para cada individuo, así como para la comunidad.

En España, la fiesta de la Epifanía, de la llegada de los reyes magos ante el Niño Jesús, con sus acompañamientos de camellos (caballos para los pueblos que no pueden alcanzar los gastos de este animal lujoso), moros disfrazados (individuos de tez negra y oscura que representan la tierra fecunda), tiene su mayor desarrollo en ciudades ricas como Madrid, Sevilla, etc.

Pero en el norte de España, en la región de los Pirineos, se conserva la noción precristiana del donador vegetativo habitado por un espíritu, es decir, la leña. En el valle del Ampurdán, una figurita de papel suspendida cerca del hogar, llamado «fumera», antes traía los regalos y, después de haberse cristianizado, se consideraba como el mensajero de los reyes magos; su papel era vigilar a los niños y decidir cuáles tenían más derecho a regalos. Por la chimenea, donde sube el humo de la tienda, venían y aún suelen venir los donadores del norte de Europa, desde la diosa Freya hasta hoy día el «Padre Christmas» (o figura representando a Cronos, el dios del tiempo o año viejo). En el Ampurdán dan también el nombre de «tío» a un leño hueco llenado de dulces por los padres, colocado al lado del hogar o de la chimenea. Los niños le pegan para que salgan dulces, monedas, etc., mientras cantan, pidiendo al «tío» que sea generoso. El leño se trae de fuera varios días antes de Navidad, en una manta, como si fuera una persona. Los niños lo tratan como un muñeco, envolviéndole bien para que no coja frío.

Las llamas de las hogeras de fin de año representan las fuerzas vitales que surgen de la leña vieja. En Centellas (Cataluña), los mozos salen de madrugada el día de Nochebuena para cortar el pino más alto que encuentren en la montaña. Lo llevan al pueblo en un carro de bueyes (cuyos cuernos son símbolos de fertilidad) y lo colocan en el altar de la iglesia copa abajo. Se decora con fruta, galletas, cintas (operación realizada por las mujeres, sobre todo por las mozas) y allí se queda con sus «regalos» hasta el día de San Esteban, muy celebrado en toda la comarca. Esta es la vertiente invernal de los ritos de solsticio veraniegos.

En Andalucía se observa el rito-fiesta del árbol en la época de Navidad en Cogollos de Guadix. En el curso de la romería que tiene lugar el 30 de diciembre se reparte pan, vino y pescado a todos los que participan en el corte de leña para la hoguera encendida el último día del año, después de una procesión en la cual una imagen del Niño Jesús recorre el pueblo a hombros de los niños.

En varios mitos se encuentra la creencia de que los seres humanos, sobre todo dioses y héroes, nacieron dentro de árboles: Osiris, en un cedro; Adonis, en un mirto; el Niño Jesús, en un pesebre de madera. (Según los arqueólogos, un pesebre de la época histórica en la cual nació Cristo hubiera sido en realidad hecho de tejas o ladrillos).

Harto sabido es que el santo más consciente de la armonía universal, San Francisco de Asís, «inventó» el pesebre vivo y la representación dramática del naci-

miento del Cristo en 1223. Gracias a su inspiración se iniciaron dramas acompañados de la presencia de animales vivos, etc., que se adoptaron, con muchas variantes, en toda Europa (y más adelante en América).

En España, uno de los misterios de Navidad que mejor se conserva, gracias al afán de sus habitantes, es el de los Reyes del pueblo de Churra, al norte de Murcia, que últimamente se ha trasladado a la capital. Esta fiesta que estaba por desaparecer en 1957, se reanimó, como lo describe el Dr. Aranda en su libro *Teatro medieval en un pueblo murciano*.

Gracias a la noción del Niño Jesús como un niño típico, humano, alegre y jugador, se inició la costumbre de cantarle, de tocar instrumentos para divertirle en su pesebre; a esto se debe en España el inmenso repertorio de villancicos que se siguen cantando y bailando como en ningún otro país cristiano del mundo. ¡Con qué alegría se celebra y con qué instrumentos más primitivos! Pienso en las zambombas (5) (que se exportan en grandes cantidades hoy día para el mayor regocijo de los emigrados españoles en el norte de Europa), en las panderetas, en las sonajas de estaño que oí, en los Montes de Málaga, al acompañar procesiones de niños disfrazados, llevando una imagen del Niño Jesús en brazos, andando kilómetros entre los cortijos esparcidos en busca de regalos y, sobre todo, de dinero para sus escuelas-capillas.

La mayoría de los villancicos tratan al niño Jesús como si fuera español; los pastores cantan: «Quiere una fiesta el Niño, y cada uno ha gastado cien pares de castañuelas divirtiéndole». Como tantas veces ocurre en las fiestas, existe un elemento realista, interpretado en este caso por los ingenuos pastores, que juegan el papel de «tontos» (6) y que describen los pormenores de la escena doméstica sagrada, los pañales del Niño secándose sobre las ramas de romero, las barbas de San José que dan cosquillas al Niño. Es una fiesta religiosa francamente alegre; podemos y tenemos el derecho de reír, y la risa es necesaria para nuestro bienestar. (En Japon se dedica una fiesta a la risa en el mes de mayo).

Relacionada con la leña de Navidad y del Año Nuevo está *la escoba* hecha de ramitas que aún usan los barrenderos en muchos pueblos españoles. Como casi todos los símbolos, la escoba tiene dos vertientes: una negativa (la escoba está conectada con brujas en el norte, y de la magia negra de la destrucción) y otra positiva: como portador de buena suerte y agente de destrucción de los espíritus malévolos. En las épocas clave del año, los espíritus o influencias maléficas son considerados como muy poderosos; se tienen que eliminar de la casa y de los campos. Son períodos de lucha entre las fuerzas positivas y negativas, imitadas por batallas y juegos de pelota (esta última representa el sol benéfico). Si «el bien» no ganase, sería el fin del mundo, tal como está tan gráficamente descrito en la Revelación de la Biblia. La creencia es universal, y, por consiguiente, debe de proceder espontáneamente de la mente humana, sin que haya necesidad de recurrir a la búsqueda de influencias extrañas. La escoba tiene tanta importancia en Japon o

Africa del Norte como en Gran Bretaña o España (7).

En Jarandilla (Cáceres), la fiesta llamada de «Los escobazos» tienen lugar el 7 de diciembre (como parte de las fiestas en honor de la Inmaculada Concepción). Consiste en una procesión de los mozos del pueblo montados a caballo, quienes, armados de escobas y de antorchas, juegan y se pelean en una serie de batallas fingidas. Sea dicho de paso que todas estas batallas y payasadas de jóvenes les dan una sana ocasión de desahogarse, de expresar su vitalidad y hasta violencia juveniles de una manera «permitida», sin daño para los vecinos; ocasiones que faltan a los jóvenes de centros urbanos.

En muchos pueblos cerca de Gerona (Cataluña), los niños llevan escobas encendidas como antorchas hasta el límite del pueblo, blandiendo las escobas y cantando villancicos en honor de los Reyes. En las ciudades, las escobas están reemplazadas por linternas suspendidas de palos. El objetivo aparente es guiar a los Reyes en su camino hacia el centro. Las escobas acogen a los donadores...

En las casas, el papel de las escobas es echar a los espíritus maléficos escondidos en el suelo, bajo los muebles, en los rincones. El gesto de las amas de casa es el de «echar fuera». Hay que empezar el año nuevo con todo limpio, renovado; pero la gran limpieza, por razones prácticas, realistas, tiene lugar en la primavera, cuando brotan las hojas, los capullos, las flores y los cereales.

También se reanima la tierra dormida por medio de patadas y sacudidas, para recordarle que el hombre depende de ella para su sustento.

Una fiesta invernal que reúne varios símbolos a que ya se ha aludido es la de Zarza de Montánchez (Cáceres), del 19 de enero, llamada la «Fiesta del Pan y Queso».

Dicen que la fiesta conmemora una batalla contra los moros que tuvo lugar en el año 1229, y que el almuerzo comunal de «pan y queso», productos del humilde pueblo campesino, les fue obsequiado a los soldados victoriosos a su regreso. Pero es evidente que la fiesta, en la cual juegan el papel principal los niños, es muy anterior a la Edad Media.

Los niños, armados de porras, forman un círculo en la plaza delante de la iglesia del pueblo. Las autoridades, los maestros y dos niños mayores dirigen el espectáculo, o mejor dicho, rito y se ponen de pie en medio del círculo. Uno de los niños mayores reza el Padrenuestro en voz alta, seguido por los vecinos, que lo rezan «en honor de los antepasados que murieron en la batalla contra los moros», según dicen. Esto es evidentemente un rito «de las ánimas», que abarca a todos los antepasados del pueblo en general.

Luego, el segundo de los niños mayores alza una cruz de madera y entona la oración siguiente: «En nombre de esta sagrada y adorada cruz, brillante que ilumina a todas las naciones y que fue el estandarte de los ancianos de este pueblo cuando lucharon contra los moros y ganaron una gran victoria que hoy conmemoramos. Como consecuencia del Padrenuestro que rezaron a Dios, el enemigo se reti-

ró y, para prepararse, los nuestros gritaron: “¡El enemigo viene por la sierra, vámonos a matarle!”».

Llegado a este punto del rito, los niños menores golpean la tierra con sus porras como si atacasen a un enemigo imaginario. Se reza el Padrenuestro tres veces más, así como el grito de batalla: «¡El enemigo viene por la sierra, vámonos a matarle!». Finalmente, los vecinos entran en la iglesia por una puerta y salen por otra, donde las autoridades locales distribuyen pan y queso a cada individuo. Viejos y jóvenes acaban arrojándose *tabuas*, excrescencias en forma de pelotitas que adhieren a ciertos juncos.

Esta fiesta es un conjunto de ritos simbólicos del fin de año: relación entre la cruz y el sol («la luz que ilumina al mundo»); el golpear la tierra por la generación joven, el consumo de pan y las alusiones a los antepasados, el juego de pelota o batalla simulada, todos son componentes de las conjuraciones de la época, a las cuales el Padrenuestro y la alusión a los moros fueron añadidos a lo largo de los años.

El golpear la tierra para que sea fecunda se hace a veces en la primavera, en la cual el gesto está ligado a las fiestas de Pascua. (No se olviden, a este propósito, los golpes de la flagelación de los penitentes que estimulan en muchos casos las fuerzas eróticas). En Cataluña, por ejemplo, en varios pueblos aislados, los mozos golpean la tierra en lugares determinados, siempre los mismos, a veces la puerta de la iglesia, y se llama entonces «la matanza de los Judios». En este caso son los judios quienes están asimilados a las víctimas propiciadoras, de las cuales se hablará más adelante. Muchos ritos antiguos se han desplazado de igual modo: los invernales son añadidos a los de la primavera, etc.

Volviendo al tema del pan comido ritualmente en la fiesta de Zara de Montánchez, quizá sea el momento oportuno de aludir a la importancia de la comida en las diversas fiestas, porque ella también es casi siempre simbólica. Antiguamente se comían los productos de la estación, lo que seguramente, si se estudiase bajo el punto de vista médico-nutritivo, se vería que tiene su justificación biológica. Este estudio está todavía por hacer.

La comida en común, como se realiza en la mayoría de las fiestas, sea alrededor de mesas de tablas, sea en grupos sueltos debajo de árboles o en los campos, pero todos cerca los unos de los otros, intercambiando vino, roscas, tortas, frutas, etc., es la señal por excelencia de la convivencia. El mero hecho de beber y comer juntos sin distinción de categoría social es un vínculo que une el pueblo a sus habitantes y los habitantes entre sí. (Habría que distinguir entre las fuertes comidas del norte de España y las comidas mucho más ligeras de los andaluces, que prefieren «picar»).

Las fiestas de invierno que se celebran en casa, como Navidad, tienen esto en común: todos comen aparte en su casa, el mismo género de comida, lo que equivale a una comunión. La comunión religiosa, la Cena, es el símbolo de la unión



espiritual entre los hombres y Dios. En el plano secular, la comida base es de pan o rosca y pasteles hechos de harina (el trigo es un símbolo sagrado de vida, como lo es el arroz en los países orientales).

En España se come pescado (besugo) la víspera de Nochebuena por dichas razones religiosas, siendo el pescado el símbolo de Cristo. En Francia comen ostras. Ambos son frutos del mar, de donde nació el hombre, según los científicos, no será pura coincidencia que, en esta época simbólica de la creación, los frutos del mar sean respetados y comidos para asimilar sus fuerzas vitales (8).

Igualmente relacionada con la idea de creación y muerte, formando un ciclo completo de existencia, está la serpiente (de tierra o de mar). La serpiente de tierra que se encuentra en el Génesis de la Biblia era, según los evangelios apócrifos, el progenitor primordial, antes de Adán. La serpiente que se muerde la cola representa un ciclo entero del tiempo, motivo decorativo muy frecuente en los países nórdicos de Europa. Es interesante constatar que en Galicia se come un pastel de mazapán, en forma de serpiente (o dragón) que se come la cola, en la época de Navidad. Pero la serpiente es muy temida por los andaluces, que la consideran bajo su vertiente de símbolo del mal. En confiterías cuyos dueños son gallegos se venden estos pasteles de mazapán, hasta en Andalucía, para los turistas que ignoran su procedimiento y origen (9).

En varios pueblos de la provincia de Almería, sobre todo en las Alpujarras, las mujeres hacen rosca para las fiestas de enero relacionadas con los santos de aquellos días, sobre todo San Sebastián y San Antón. Cada mujer del pueblo tiene que contribuir un tanto de harina, azúcar, etc.; se organizan torneos para la fabricación de esta rosca tradicional, ofrecida a la Virgen o al santo, y a menudo se distribuye después de unos días para que «traigan suerte». En este caso la «comunion» entre vecinos consiste en la preparación de las rosca, obra comunal por parte de las mujeres. No se olvide que eran las *diosas* de la antigüedad quienes presidían a la agricultura y las cosechas de trigo, etc. Sería interesante emprender un estudio detallado y por regiones de las distintas comidas relacionadas con las fiestas en España, quién las prepara y quién se las come, aparte, naturalmente, de las simples meriendas al aire libre.

En casi todos los países del mundo es costumbre empezar el año comiendo algo dulce para que, por analogía, el año sea igualmente dulce y propicio. En España se come el tradicional turrón, que quizá sea de origen árabe. El pueblecito de Valera de Abajo, cerca de Cuenca, celebra una fiesta en nombre del Niño Jesús el 18 de enero, con el motivo del aniversario de una batalla contra los moros ganada gracias a su intervención. Luego hablaré brevemente del conjunto de batallas de Moros y cristianos, que son una particularidad de tantas fiestas españolas, pero de paso señalaré la curiosidad de esta fiesta de Valera, durante la cual la imagen del Niño Jesús se pasa de cristianos a moros; cuando se traspasa a los moros se reviste de trajes moros también.

En la iglesia parroquial de San Miguel, de Plasencia, se celebra el bautizo del Niño Jesús (muy fuera de la ortodoxia, puesto que Jesús fue bautizado por San Juan cuando ya era mayor); la fiesta utiliza el agua como pretexto; la ceremonia está presidida por la Hermandad de San Miguel (vencedor de dragones o serpientes; el dragon, además de su relación con la duración del tiempo, también era antiguamente temido y respetado porque tenía el poder de controlar las lluvias, necesarias para los campos; de aquí la asociación dragón-agua en la fiesta española). La Hermandad nombra «padrinos» para el Niño y echan caramelos a los niños del pueblo desde un balcón del Ayuntamiento después de la ceremonia del bautizo, siendo este último acto una variación sobre el tema de empezar el año con algo dulce en la boca y de dar un papel importante a los niños que representan la renovación y continuación de la vida.

Uno de los símbolos más importantes de la fertilidad es la haba, o «faba», como se llama en Navarra, en forma de ovido u ovario femenino; ha sido venerada desde la antigua Babilonia hasta el Japón moderno, pasando por el *Gâteau des Rois* (conteniendo habas) de Francia y figurando en España, en el curso de la fiesta navarra del «Rey de la Faba», en Olite y Estella, celebrada el 6 de enero. Esta costumbre fue iniciada, dicen, por los reyes de Navarra, que solían elegir un niño pobre de Olite que se vestía de rey y presidía un día de fiesta y regocijo. El rey de verdad solía regalar seis cargas de trigo al «Rey de la Faba», asociándolo, inconscientemente, al «espíritu del trigo» para asegurar una buena cosecha en el curso del año. Esta costumbre decayó, pero ha sido restablecida por la sociedad local *Muthiko Alaiak*, quien, en vez de trigo, ofrece una beca al mozo local elegido rey por su capacidad intelectual. Ejemplo interesante de renovación de una fiesta histórica, antigua, revistiéndola de carácter moderno y útil sin perder el espíritu de comunidad, el aspecto social y estético que la acompaña (que no me propongo describir aquí), que tanta importancia tiene para los vecinos.

La comida y el gesto de tragar, ligado a la suerte y a los pronósticos acerca del año que viene, se reflejan en la bien conocida costumbre madrileña en la víspera del Año Nuevo, que consiste en comer doce uvas, representando cada mes del año, al toque de las doce campanadas de medianoche; el público se reúne en la Puerta del Sol; los que van al teatro o al cine se llevan las uvas y a veces una botella de vino para consumirlos durante la consagrada interrupción del espectáculo para este fin. La uva, símbolo del vino, de la sangre, de la vida, es casi tan importante como el pan en los países de viñas.

El papel de las campanas en las fiestas también es un tema que está por estudiar en profundidad. Las campanas tienen la doble función de espantar a los demonios y de acoger a los espíritus benéficos. Este doble aspecto está bien caracterizado en Andalucía en los *campanilleros* de, entre otros, la provincia de Huelva, en los pueblos de Bollullos del Condado, Castilleja de la Cuesta y Pedro Abad. La fiesta de estos grupos de mozos y hombres que van de casa en casa tocando

campanas, guitarras y pidiendo aguinaldos se celebra el día de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre. En la provincia de Huelva salen los hermanos de la Hermandad del Rosario del Alba tocando campanas y cantando durante la época de Navidad. Aquí el papel de las campanas es de despertar las fuerzas dormidas de la naturaleza bajo la forma graciosa que caracteriza a la mayoría de las fiestas andaluzas, donde la gente sabe poner un punto de «duende» en todo lo que hace.

En Navarra, al revés, las fiestas montañosas tienen un aspecto un poco primitivo y adusto; los individuos son robustos, poco elegantes de ademán. Aquí las campanas de fin de año se tocan por los mozos, llamados en vasco *txuntxurros* o *joaldunak*, de los pueblos de Ituren y Zubieta. Disfrazados con capas de pieles de oveja, faldas bordadas de encaje sobre sus pantalones, y capirotos, cuelgan cencerros pesados a sus cinturones, y, armados de látigos que blanden mientras andan, se pasean entre los dos pueblos, parándose de vez en cuando para fortalecerse con un caldo de buey. La víspera del rito, los mozos de ambos pueblos matan un ternero que servirá de fiesta-comida para los dos grupos de veinte leñadores que participan en esta ceremonia, destinada a rechazar los espíritus maléficos de los campos. Tiene lugar el 25 de enero.

En la lejana India y en Japón, los templos budistas tocan enormes campanas la víspera del Año Nuevo: ciento ocho campanadas, número que —según un cálculo misterioso— representa la suma de los pecados de los seres humanos que tienen que ser perdonados y olvidados. (El olvido, en Japón, se realiza, por parte de los hombres, emborrachándose «en serio» la víspera del Año Nuevo, para poder empezar el año «sin recuerdos penosos», costumbre a la cual las mujeres tienen que resignarse y acomodarse).

En muchos pueblos europeos, los pecados de la comunidad se representan por un gigante, monstruo o efigie cualquiera que se maltrata, condena y quema con una semblanza de justicia; es la víctima propiciatoria o —como se llama significativamente en español: la «cabeza de Turco»—. Antes de las luchas de verdad contra los turcos, hubo luchas contra los moros; por eso, España es única por sus numerosas representaciones dramáticas de batallas entre Moros y Cristianos, ligadas a varias fiestas a lo largo del año. Pero primero echemos un vistazo al curioso «Proceso de Pero Palo» de Villanueva de la Vera (Cáceres), celebrado el 19 de febrero, que entra ya en el ciclo de fiestas carnavalescas.

Este «Pero», diminutivo de «Pedro», es un nombre bastante común utilizado para la efigie que se quema como «víctima» en otras fiestas semejantes. En el caso de Villanueva de la Vera, según los habitantes, «Pero» representa a los judíos que antiguamente vivían en el pueblo. Son los mozos del pueblo los encargados de fabricar la efigie en un lugar secreto, escondido. Es significativo que se fabrique a base de los restos de la efigie del año anterior, y que está hecha de paja. El viejo se transforma y renace en lo nuevo, como el leño con cuyos rescoldos se enciende el del Año Nuevo en otras fiestas. Se cree que da suerte participar en la fabrica-

ción de «Pero Palo». La fiesta dura varios días, durante los cuales las mujeres ayudan a llevar a «Pero» por las calles del pueblo. Se le pasa entre dos filas de mozos culminando en un baile que hace temblar a «Pero Palo»: es el gesto de sacudir, tan característico de los ritos de fines de año o de solsticio veraniego. Se juzga a «Pero Palo», se le condena a muerte, se le entierra después de haberle decapitado y linchado, y todo termina con un banquete comunal. Aquí no puedo dar todos los detalles de una fiesta muy compleja donde habría que estudiar los papeles de los muchos participantes de todas las edades. Diré solamente que la fiesta proporciona papeles para mujeres como para hombres, para niños como para mayores: nadie está excluido. Se trata de un drama purificador espontáneo y colectivo. Los psicólogos modernos han redescubierto el valor terapéutico del drama representado por individuos que padecen traumas o neurosis. Hace mucho tiempo que los aficionados de fiestas los descubrieron por sí mismos.

Otro método psicológico muy de moda hoy día para asegurar la estabilidad y el bienestar del individuo consiste en sesiones de «grupos de desahogo» durante las cuales los participantes se dicen cuatro verdades. Es curioso encontrar este elemento en muchísimas fiestas de fines o principios de año, concretado en versos satíricos que se suelen componer, sobre todo para la época de Carnaval; lo satírico está dirigido hacia individuos, o grupos colectivos locales, o —cuando se permite— el gobierno. En Cádiz, los grupos de *comparsas* y *chirigotas* están encargados por la Municipalidad de inventar coplas que resumen los principales sucesos del año pasado, y les otorgan premios. Esta fiesta, que antes se celebraba a finales de año, ha sido desplazada, por razones turístico comerciales, al mes de mayo.

En los pueblos de Instinción (Almería) y Archidona (Málaga), grupos de *comparsas* se pasean por las calles, generalmente al anochecer, sin duda por pudor, cantando coplas satíricas bastante personales; hasta muy recientemente, en el pueblo de Enix (Almería), los habitantes solían escribir versos groseros en las fachadas de las casas de sus vecinos, comentando sus defectos, durante la noche.

Las *comparsas* de Cádiz y de Valencia (durante las Fallas) se burlan de la sociedad, aluden al coste de la vida, a la falta de servicios públicos adecuados, de las costumbres locales; un estudio detallado revelaría informes interesantes para los sociólogos. En Benidorm, durante las recientes Fallas inauguradas en imitación de las de Valencia, se burlan, por ejemplo, de los pescadores y otros que ganan pesetas haciendo el papel de donjuán con turistas extranjeras; aluden a personajes locales en dialecto para que no se enteren los forasteros.

En las Fallas de Valencia queman efigies artísticas, y las mejores se guardan en un museo, pero el rito de quemar y de componer versos satíricos forma parte del ciclo bien conocido de fines de año, aunque en Valencia se celebre la fiesta el día de San José, en el mes de marzo.

Durante el Carnaval de Lanz (Navarra), en un rito más primitivo, se finge la lucha de fin de año entre la oscuridad y el sol renaciente, el bien y el mal, las

fuerzas opuestas de la vida y de muerte, quemando la efigie de un gigante llamado Miel-Otxin, de cuya fabricación, como en el caso de «Pero Palo» de Villanueva, se encargan los mozos. También se le «juzga», antes de quemarle, después de una procesión en la cual figuran las consabidas escobas, además de fingidos herradores que persiguen una efigie de caballo llamado *Zaldiko*, para quitarle los cascós. *Zaldiko* se escapa, corriendo a rienda suelta. La patada que le han dado le rejuvenece: es otra forma de representar el poderío del golpe. El caballo es símbolo de fertilidad en el norte, desde Siberia, donde juega un papel importante en los ritos de los Chamanes, hasta Inglaterra, donde aparece todavía en dos fiestas importantes primaverales (10).

Además, el caballo blanco, con sus magníficas crines, galopando en estado salvaje, debió de parecer una manifestación de lo sobrenatural; en Galicia persiste la noción de que los caballos salvajes son «hijos de viento», o del aire, es decir: espíritus. El caballo blanco entró en el calendario cristiano al servicio de los santos, después de haber servido de mensajero medio-celeste, medio-ánimo-humano en los ritos de entrada en trance de los chamanes, cuyos ritos han pasado a Japón, donde tirillas de papel blanco rizado semejando crines se utilizan con frecuencia en las ceremonias del culto nacional Shinto. El caballo blanco pasó por Grecia como Pegaso, inspirador de artistas; en España es la cabalgadura de San Jorge (como en Inglaterra) y de su patrón Santiago.

Desafortunadamente para muchas fiestas en que figura, San Jorge ha sido borrado del calendario cristiano, considerándole como de origen sospechoso y poco creíble; muchos santos tendrán que caer de sus pedestales en el afán de modernizar las iglesias si se les examina su genealogía. ¡Qué pena cuando desaparezcan los tan simpáticos y emocionantes «encuentros» de santos que se saludan durante las procesiones entre pueblos!. Creo sin embargo, que el San Jorge de Alcoy (Alicante) seguirá presidiendo las fiestas de Moros y Cristianos de abril durante muchos años más; tiene raíces en el terruño.

Las luchas históricas entre Moros y Cristianos vienen muy a propósito para reflejar las batallas perennes fingidas de fines de año; su organización y aspecto estético merecen un estudio separado. Tan populares son, tantas oportunidades ofrecen para actos espectaculares con participación de grupos disfrazados, que no tienen ya nada que ver con el punto de partida inicial supuestamente histórico, pero que se han añadido poco a poco a la fiesta original según los medios económicos de cada lugar, que han acabado por entrar en el conjunto de fiestas en honor de santos diversos, como las corridas de toros.

Según la leyenda, San Jorge venció a un dragón, serpiente de tierra; pero en España el dragón o «Tarasca» aparece más bien junto a San Miguel (que tenía el mismo poderío sobre estos monstruos) y ha sido trasladado a las fiestas del Corpus, como símbolo de la herejía, al cual aludiremos más adelante. Este traspaso tuvo lugar durante la Contrarreforma.

La fiesta de Moros y Cristianos de Alcoy va acompañada de mucha pólvora, como las de toda la costa del Mediterráneo, donde este elemento, como los fuegos artificiales, recuerdan los Moros que también los utilizaban a montones en sus fiestas. Más ruidosas que melodiosas son estas fiestas del litoral.

La Asociación de San Jorge, encargada de la organización de la fiesta y de demás actividades en el curso del año, se compone de más de seis mil socios; es un honor participar en ella. Los emigrantes que vuelven del extranjero para asistir a la fiesta no dejan de dar el nombre de Jorge a sus hijos que nacen en este día feliz (el 23 de abril), lo que además les da derecho a una libreta de la Caja de Ahorros. Hay emigrantes que vuelven para participar, de un modo u otro, en los varios actos de los tres días de fiesta. Este papel de los emigrantes, sobre todo de los ricos que presumen y dan ofertas ostentosas, o llevan en prenda el manto de la Virgen en las procesiones con «verdes»: una vertiente moderna de muchas fiestas. Además del papel de los emigrantes habría que estudiar los grupos de acompañantes de las romerías que se pasan bastantes meses del año yendo de fiesta en fiesta: comediantes rústicos, titeres, mendigos, vendedores de talismanes. Entre estos últimos, la Cruz de Caravaca, de origen murciano, se vende hasta en fiestas gallegas, hecha de estaño, además de impresos con invocaciones y maldiciones contra los demonios «en nombre del Mesías, Emmanuel, Soter, Jehová, Adonai y Tetragrammata», que recuerdan la época medieval.

En Galicia he visto verdaderas cofradías de mendigos, provistos de sacos, que se pasaban los clientes.

Los exvotos merecerían un estudio en cuanto a su distribución regional, forma, etc. En Galicia, y en general en todo el norte de España, los exvotos suelen ser de cera, y, aunque los sacerdotes jóvenes fruncen el ceño, siguen siendo populares entre los paisanos. También en Galicia se da el caso de mujeres que se cortan las trenzas como exvoto. En cera, los exvotos representan brazos, manos, piernas, pies, barrigas, tetas y, en Galicia sobre todo, cabezas. En esta región se padece del *meigallo* más que en otras partes (o se tiene menos pudor en admitirlo). En Andalucía, la mayoría de los exvotos son de estaño; se ven paredes enteras de ermitas cubiertas de estas humildes ofrendas. En el Norte parece que se venden más exvotos de animales relacionados con el ganado: vacas, ovejas, etc., que en el Sur, pero esta impresión tendría que ser averiguada por un estudio más en profundidad.

Una forma de exvoto vivo, curiosísimo, es el de los «ofredidos» de Galicia, que se colocan en ataúdes y se hacen llevar a la iglesia por sus familiares. Los vi en la fiesta de Santa Marta de Ribarteme (Pontevedra): una santa, dicho sea de paso, reputada por su victoria sobre un dragón o «Tarasca» que vivía en el río Rhône (Francia). Los «ofredidos» gallegos también suelen llevar mortajas en las procesiones, que alquilan en la iglesia, en señal de agradecimiento o petición a lo santos o a la Virgen.

Otro tema digno de interés es el tono y contenido de las conversaciones e in-

tercambios sociales que tienen lugar durante las fiestas. Es evidente que en lugares campesinos aislados, predominan los temas agrícolas, sobre todo cuando la fiesta va acompañada de ferias de ganado, como ocurre con frecuencia. Se habla mucho de matrimonios, y, en Galicia por lo menos, los padres, mientras comen pulpo y beben vino tinto, hacen contratos en los cuales son los hijos y no el ganado el tema principal de conversación. El vino, el ambiente de desahogo, contribuyen a soltar las lenguas lo mismo que pasa en las bodas y con la misma libertad de expresión sobre asuntos sexuales, de parte de ambos sexos. En Galicia me sorprendió la franqueza de las coplas que se cantan durante las comidas. Tengo que apuntar que no encontré semejante situación en Andalucía, donde la poesía árabe, un poco artificial (debida a la marginación de la mujer), sigue reflejándose en las coplas y en el tono de los diálogos entre ambos sexos. En las fiestas andaluzas, las alusiones, son más finas; los piropos, más escogidos; el elemento erótico, más disimulado. La misma diferencia se nota en los bailes; los del Norte son más agresivos, con aire marcial; en el Sur son más femeninos y elegantes.

Pero cuando se pasa a los actos, ¿quién puede establecer estadísticas y hacer encuestas? ¿Quién va a perseguir a las parejas y tomar notas de lo que se dice y lo que pasa en los bosques, campos y calveros alrededor de las ermitas?. Lo que sí puedo afirmar, por lo que he visto y entendido, es que en Andalucía —pienso sobre todo en la fiesta del Rocio, lugar muy aislado— suelen reunirse los muchos homosexuales que hay en esa región; a veces estos encuentros terminan en riñas sangrientas, de las que no se habla para que la fiesta no tenga mala fama. Lejos de la familia, los homosexuales se sienten libres y felices. «¡Ay si papá me viera ahora!», gritó uno de los muchos que había en el coche que me llevaba desde Sevilla.

Los tipos rudos del norte son más machos, pero hay que añadir que la vida aislada de los pastores y montañeros es terreno propicio para otra perversión sexual: la bestialidad; por eso, en muchos lugares, a los pastores se considera como «gente baja».

## PASCUA Y PRIMAVERA

Entre las víctimas propiciatorias de fin de año se ha aludido hasta ahora a caballos, serpientes, efigies de gigantes o monstruos, judíos y moros. Pero la gran víctima española es el toro; el toro negro, símbolo de fuerzas brutas animales que hay que subyugar, y cuyos cuernos, símbolos universales de fecundidad, hay que llevarse en triunfo con su sangre sacrificial. Las primeras corridas del año acompañan a las fiestas de Pascua (11), siguiendo el ejemplo de los romanos, cuya fiesta de la «Hilaria» empezaba el 15 de marzo con una procesión conmemorando el encuentro por Cibele (diosa de origen asiático) del joven Attis, muerto y muti-

lado entre los juncos del río Sargatius. Se llevaba un bucy de seis años en procesión y luego lo sacrificaban y comían en el curso de una fiesta que duraba una semana. Un pino cortado en el bosque de Cibeles, en las afueras de Roma, representaba el Attis muerto. (El árbol es símbolo de muerte, así como de nacimiento y creación). Se decoraba el árbol con lienzos y ramas de violetas que se decía habían crecido de la sangre de Attis; se enterraba la efigie y se abría la sepultura el 25 de marzo al proclamar los sacerdotes o archigallos: «El dios está salvado y nosotros también seremos salvados después de nuestros pesares». Seguía un período de carnaval licencioso, que fue adoptado por los cristianos, pero al revés, es decir, antes del ciclo de Pascua. Es menester tener en cuenta estos ritos antiguos para no caer en la equivocación de considerar las celebraciones externas de las fiestas de Pascua (y otras) españolas y europeas como un fenómeno original, inventadas en el país mismo.

En España, donde predomina el sentido dramático de la muerte, el espectáculo de Cristo en su agonía, suspendido de la cruz, está subrayado de una manera que los nortefños califican de macabra. Los griegos, más optimistas de naturaleza, acentúan el lado positivo de la fiesta, es decir: la Resurrección. En España no, salvo en Mallorca, donde las canciones de Pascua son alegres; la vela de Pascua se coloca en las iglesias al alcance de los niños, que encienden velitas con su luz, cantando: «Uno, dos, tres, nueva luz, ésta es la nueva luz», etc., etc.

Es en Andalucía, con sus célebres *pasos*, donde la fiesta alcanza su mayor brillantez y ostentación. Quizá sea el andaluz el menos místico de los españoles; necesita «ver» las imágenes con sus expresiones extremadas de dolor y tristeza para poder compartir sus emociones y participar personalmente en el drama. El drama de Pascuas representa, de hecho, una verdadera *catharsis*, en el sentido griego de la palabra. El oír saetas cantadas en las noches luminosas de Pascua en Andalucía da escalofríos hasta a los no católicos, con su fervor y su calidad musical. El «ambiente» es, desde luego, único.

Sevilla, merced a la riqueza de su comercio con las Indias, llegó a la cumbre de la belleza artística de los *pasos*, pero cada ciudad intenta lucir lo mejor que tiene. La preparación de los pasos e imágenes requiere una labor comunal que habría que estudiar en sus pormenores. El más emocionante que vi fue en Málaga, en los alrededores de la capilla de una Hermandad muy pobre que no podía ofrecer un manto lujoso a su Virgen, pero resultaba tan bella como las demás, con el manto decorado de claveles de verdad, en dibujos muy finos realizados por las mujeres, o «damas de honor», que se pasaban toda la noche en esta labor antes de «la salida» de la Virgen.

En Murcia, en el paso representando la Cena (con imágenes del famoso escultor Salzillo) se ve a los Apóstoles sentados alrededor de una mesa delante de una cena de verdad, con productos de los huertos murcianos, así como los frutos de su mar. La cena se come después de la procesión por los veintiséis hermanos



o nazarenos de la Cofradía. La preparación de la cena es un oficio hereditario. Los nazarenos llevan el traje regional, con calcetines de lana bordados, muestra de un arte folklórico característico que se hubiera perdido si no fuera por la fiesta de Pascua, única ocasión en que se ven.

Otra muestra típica de arte local relacionado con Pascua son las decoraciones de hojas de palmeras hechas en Elche (Alicante); se exportan hasta al extranjero y me recordaron las ofrendas de hojas de palmera que los balineses hacen a sus dioses. (Bellos ejemplos del arte alicantino se encuentran en el museo etnográfico Horniman, de Londres).

Es curioso que el huevo, símbolo de vida y resurrección, no haya sido incorporado a las fiestas de Pascua españolas, salvo en el pueblo asturiano de Pola de Siero, cuyos huevos pintados son célebres y premiados por la Municipalidad para que no se extinga la costumbre. En Cataluña se comen *monas* el Viernes Santo, rosca decorada de huevo, una para cada año de la edad de los ahijados; las *monas* suelen ser donativos de padrinos; los niños las recogen desde su casa, cada año, hasta que llegue la edad de la primera comunión (cuando la costumbre precristiana se supera por la cristiana). También se encuentra esta costumbre en las islas Balcares.

En la costa levantina, la fiesta se anuncia por medio de tambores, costumbre que se extiende hasta Aragón, sobre todo en Híjar. El tambor, que vibra, hace vibrar y sacude el cuerpo de los que lo tocan como de los oyentes, tienen resonancias espirituales que aún no han sido explotadas totalmente por los europeos, es decir, en su música religiosa, pero sí en la africana. Un musicólogo moderno inglés está estudiando la posibilidad de su incorporación entre los instrumentos que se tocan en nuestras iglesias.

Desde el Levante hacia arriba, en España, los matices de la fiesta cambian: hay menos pasos, pero más representaciones dramáticas vivas de la Pasión, menos imágenes y más actores. En Castilla, las procesiones son sobrias, severas, dignas, conforme al carácter de la gente.

Un estudio sociológico de las cofradías y hermandades en toda España revelaría muchas discrepancias, así como un estudio paralelo de las actitudes de los espectadores, desde los fanáticos religiosos hasta los cínicos. Entre los últimos me parece que habría que incluir muchos de los portadores de pasos, que con bastante frecuencia se emborrachan en el camino, durante las pausas, cuando se cantan las saetas tan emocionantes. En Cádiz tuve una vez que esperar horas y horas para la «recogida» de una imagen de la Virgen que «no volvía a casa», a su iglesia, porque los portadores, embriagados, se habían equivocado de camino y la paseaban, jadeando, por las calles estrechas de la ciudad.

A este propósito quisiera hacer una breve alusión a la acogida del forastero, extranjero en las fiestas. En los centros turísticos, al forastero no se le hace caso o más bien se le saca dinero si se puede; en los pueblos perdura (pero ¿hasta cuan-

do?) la noción primitiva (pero tan civilizada) de hospitalidad. Recuerdo cómo, en la romería de la Virgen de la Peña, Pueblo de Guzmán (Huelva) (último domingo de abril), al comprarme una cerveza oí una voz detrás de mí gritando: «Usted no lo pague; soy yo quien pagará la cuenta, y tome usted unas tapas...». Era el conductor del coche que me había traído desde Huelva, que seguía la costumbre de convidar al forastero. En esa romería poco frecuentada por extranjeros, era yo la única. También en los valles más remotos de los Pirineos y en Navarra encontré muestras semejantes de hospitalidad que, por razones económicas y cambio de *mo-res*, no podrán sobrevivir en una sociedad de consumo deshumanizada. (A esto hay que añadir otra razón determinante: el número creciente de forasteros que se van considerando más y más como lo que son en la mayoría: clientes y no viajeros que desean conocer el país y a sus habitantes en profundidad.).

### ROMERIAS, CRUCES, AGUA, ROSAS Y VIRGENES DE MAYO

En la primavera, cuando llega el buen tiempo, empiezan las romerías semi-religiosas, semilaicas, tan características de España. La romería en un miniperegrinaje con motivo de ofrecer votos a la Virgen o a los santos patronales, u objeto de merienda-excurción en compañía de familiares y amigos. Es el único medio de sacar a los españoles de su centro urbano o pueblerino para aventurarse a andar y pasear por senderos y montes; aún así, las mujeres casi nunca llevan calzado adecuado. La naturaleza no atrae al español medio; para él, es un conjunto de elementos hostiles.

Gracias a las romerías se han conservado los trajes regionales, la música, las danzas y los cantos. Los trajes no son todos antiguos. Volviendo a la romería de Puebla de Guzmán, por ejemplo, las «mayordomas» que montan a caballo en sus *jamugas* típicas tienen un aire más bien dieciochesco con sus faldas largas de terciopelo rojo y sombreros de copa adornados de plumas.

Entre las danzas que se ven en ésta y otras romerías sobresa la de las espadas (de acero en este caso), que se baila, delante de la ermita, por nueve bailarines acompañados de una flauta y de un tambor (12) (quizá representen los nueve meses del año lunar). Luego bailan otra vez alrededor de la imagen de la Virgen cuando se la saca en procesión por la tarde hasta los límites del peñón, desde el cual se contemplan los campos, para que los bendiga. Esta bendición de campos es muy corriente; a veces se llevan reliquias de santos, como en la romería de San Gregorio, en Navarra.

Los mayordomos se encargan de ofrecer una comida de pan, carne y vino a los pobres, pero cada uno tiene derecho a sentarse en la hierba delante del largo mantel y participar en el banquete comunal.

El año en que asistí a esta romería de Puebla de Guzmán se había elegido

a tres mayordomos jóvenes, emigrados venidos de Alemania para la fiesta. Me dijeron que allí habían ganado mucho dinero y que querían expresar su agradecimiento a la Virgen de la Peña, que, según ellos, les había ayudado; oyéndoles hablar conmigo, un viejo paisano exclamó: «¡Ay, la Virgen de la Peña!. Es a su alrededor cómo se desenvuelve la vida del pueblo». Esta frase se podría aplicar a tantísimos pueblos españoles, cuyas fiestas están centradas en una imagen venerada.

El mes de mayo siempre se ha dedicado, en los países templados, a fiestas de diosas del amor, a matrimonios y noviazgos. En España se ha convertido en el mes de la Virgen; y a ella se dedica y ofrece la rosa, símbolo del amor, particularmente en Cataluña, donde las fiestas llamadas *rosers* son muy populares. En las regiones de Vich y Solsona se bendicen rosas el primer domingo de mayo; en los alrededores de Tarragona y de la Costa Brava, la fiesta coincide con la del Rosario de mayo. En Barcelona, las rosas están ligadas a la fiesta de San Jorge cuando los novios ofrecen rosas a sus novias; el día de San Jorge se llamaba antiguamente «el día de los enamorados». En catalán, la palabra *rosar* también significa *rosario*; ambos están relacionados. En algunos pueblos se bendicen las rosas de mayo al amanecer o al anochecer, ambas horas propicias para oraciones y meditaciones, según los místicos de todos los países. En Montseny y Vich se atan rosas a los balcones, como se hace en otros lugares con las palmas de Pascua, para que proteja las casas y a sus moradores.

Los árboles florecen en mayo y también se decora con flores el árbol místico: la cruz. Hay una fiesta de cruces de patios en Córdoba; el pretexto es el encuentro de la verdadera cruz por la emperatriz bizantina Elena (el 3 de mayo), y se celebra a veces en asociación con ritos precristianos de matrimonios fingidos en esta época fecunda. La sobrevivencia de un matrimonio fingido perdura en Manguilla (Extremadura) desde el primero hasta el 3 de mayo. Visten un niño y una niña de novio y novia; el novio, acompañado de su madre y familiares, se presenta delante de la casa de su novia con un ramo de flores de naranja decorada con roscas. Los adultos entonan un diálogo, haciendo uno el papel de sacerdote dentro de la casa para fijar las condiciones de la boda. Finalmente se abre la puerta y los novios se abrazan; el novio ofrece el ramo a la novia y los vecinos bailan en la plaza para celebrar el acontecimiento.

En Laza (Orense), los «mayordomos» organizadores de la «fiesta de mayo» eligen un joven que representa a Adán y una moza que desempeña el papel de Eva; ambos participan en la procesión de la Sagrada Cruz, el 3 de mayo. Por otro lado, los mozos cortan un pino que adornan de flores, cubren de cintas y colocan en la plaza.

Adán y Eva proceden de los misterios medievales y de las muchas representaciones gráficas de la crucifixión, donde se ve a Adán y Eva asomándose debajo de la cruz, esperando su próxima salvación desde el infierno. El Cristo de la cruz redentora les perdonará el pecado de haber comido la fruta del árbol prohibido

del paraíso. En un cuadro medieval alemán y realista, el artista ha representado el falo de Adán creciendo en forma de árbol.

El elemento agua, purificadora y donadora de vida, está íntimamente asociado al árbol y a la cruz, asociación que se observa muy claramente en la fiesta de la doble Cruz de Caravaca (Murcia), el 3 de mayo.

El origen de la fiesta, según la creencia local, es debido a la conversión de un rey moro al cristianismo por intermedio de una visión de esta doble cruz; la leyenda es conocida y no necesito detallarla. La fiesta se celebra con una batalla tradicional de Moros y Cristianos y los siguientes aditamentos: una carrera de caballos en conmemoración de la traída de vino y provisiones a cautivos cristianos dentro del castillo, y una bendición de agua, cuando se lleva la Cruz de Caravaca, que se cree original, a una fuente en la cual se sumerge. El agua de la fuente (junto a una ermita para darle el sello ortodoxo) sirve para el riego de los huertos murcianos.

Otra «fuente de vida y fecundidad» es la de la fiesta (15 de mayo) de San Isidro, el Patrón labrador de Madrid, que hoy día tan pocos campos tiene para bendecir. El agua está junto a su ermita, cerca del Manzanera, y se recoge el agua en jarros y botijos para utilizarla como remedio durante enfermedades caseras. San Isidro es singular, porque fue un santo casado con una santa; la imagen de su esposa, María de la Cabeza, se saca en procesión con la de su marido, San Isidro, desde su iglesia, en la calle Mayor. Es significativo que este santo, cuyo culto está relacionado con la tierra y la agricultura, tenga una mujer; Isidro, como el Adán y Eva de las fiestas de Laza, en Galicia, son descendientes de los reyes y reinas de mayo celebrados en Oriente Medio, cuyos esponsales, como ya se ha recordado, tenían lugar a principios de año para estimular la fecundidad de la tierra.

Casi todos los elementos característicos de las fiestas y romerías de mayo se reúnen en la «Romería de las Romerías»: la del Rocío, celebrada en el pueblo de Almonte entre Sevilla y Huelva. Aquí el Espíritu Santo, símbolo de la feminidad bajo su emblema de paloma blanca inspiradora, está ligado al elemento agua en su forma de rocío, conforme al evangelio prescrito para el domingo de Pentecostés: «Señor, que la infusión del Espíritu Santo purifique y limpie nuestros corazones y, penetrando hasta sus profundidades, con su rocío divino, los vuelva fértiles...» (La semejanza de los términos místicos y eróticos es un tema que necesitaría un estudio aparte).

Esta frase fue interpretada literalmente y en el plano físico hasta hace muy poco, según me dijeron cuando asistí a la fiesta; era bien sabido que muchas roceras volvían a casa preñadas. Ya he aludido a esta fiesta como lugar de encuentro de homosexuales; la fiesta dura tres días y noches durante los cuales la gente no cesa de bailar y beber (aunque pocos borrachos se ven en general en las fiestas españolas) hasta llegar casi a un estado de arrobamiento.

A la Virgen del Rocío la viste una «dama de honor», cuyo cargo es heredita-

rio, como tantas veces ocurre con imágenes; se le colocan seis rosas a cada lado de su manto dorado antes de sacarla de procesión, momento en que se arma una verdadera lucha para llevarla alrededor de la iglesia: son hombres los que la llevan, pero las mujeres tratan de acercarse para tocarla; el mero contacto con su manto es como una bendición o remedio. Tendría mucho que escribir sobre la importancia del contacto «táctil» entre creyentes e imágenes, o personas reputadas santas, pero no es éste el lugar. Simplemente quisiera apuntar que, a mi juicio, no se trata de una superstición sin base en la realidad, que remonta a la era bíblica, sino anterior.

El culto mariano en España se desarrolló en el siglo XVII, como se sabe, en gesto de desafío al protestantismo patriarcal; fue entonces cuando se denominó a la Virgen de Almonte la «del Rocío». El viejo simbolismo es un aditivo reciente.

En varios puntos cerca de la costa, como en Santa Pola (Alicante), existen leyendas según las cuales una imagen de la Virgen surgió de las olas como Venus (hay una conexión íntima entre el elemento femenino y el mar). La fiesta de «La Venida» de la Virgen de Elche se celebra el 28 de diciembre. Otra aparición «milagrosa» de una imagen de la Virgen venida del mar se celebra en Torre García, cerca de Almería, el 8 de enero.

El poder creador del agua del mar, en este caso sin vínculo fingido con la religión cristiana, se halla en la fiesta de La Lanzada (Galicia), donde el 30 de agosto, antes de oír misa, en la capilla edificada sobre un promontorio frente al Atlántico, mujeres de pescadores (sobre todo) que quieren tener hijos en el curso del año se bañan en las nueve primeras olas de la marea creciente; cuando las vi por primera vez hace unos diez años, las mujeres, más bien pobres, no solían tomar baños de mar y, por consiguiente, no poseían bañadores; entraban en el mar mojándose los paños y agachándose para que el agua penetrara en su vagina. Los sacerdotes que pasaban para decir la misa en la ermita hacían la vista gorda.

Lo que me chocó fue la semejanza con un rito análogo, evidentemente precristiano, que había visto en la misma costa del Atlántico, pero mucho más abajo, en los parajes de Mogador (Marruecos), junto a la tumba de un santón local. Allí también las mujeres árabes entraban en el mar para bañarse en las nueve olas de la marea creciente.

## FIESTAS DEL CORPUS, VERANIEGAS: SOL Y LOCURA

El ciclo de fiestas alegres del Corpus en honor de la Eucaristía, conocida antiguamente como la «fiesta para celebrar el triunfo católico sobre los herejes» (que negaban la presencia del Cristo en la Hostia), fue confirmada en el siglo XIV por el concilio de Vienne (1311), pero ya se celebraba en España, en Toledo, desde 1280, y en Sevilla desde 1282. España se entusiasmó con la nueva fiesta y la desarrolló, sobre todo por medio de autos sacramentales que aún perduran, en varios

pueblos, y por bailes y bailarines siguiendo las procesiones del Corpus hasta casi dentro de la iglesia, como siguen haciéndolo los célebres *Seises* (13) de la catedral de Sevilla. Los *Seises* (que en actualidad son diez chicos bailarines) actúan no solamente para la fiesta del Corpus, sino también el 8 de diciembre (fiesta de la Inmaculada Concepción, los tres últimos días de Carnaval y en Navidad; la catedral de Toledo mantuvo sus *Seises* hasta el siglo XVIII. Aunque el traje que llevan en Sevilla es del siglo XVII, el baile es de origen mucho más antiguo.

Quizá el baile más antiguo de todos los del Corpus sea el curiosísimo baile de las *Penlas*, de Redondela (Pontevedra), pequeña ciudad pesquera junto a una ría. Aquí volvemos a encontrar el dragón (serpiente de mar) en la procesión, llamado en este sitio *la Coca*, al que le gustaban, según la leyenda (y siguiendo la asociación agua-elemento femenino), las chicas; las perseguía, hasta que un año los mozos de la ciudad se juntaron y mataron a *la Coca* cuando fue echada a tierra por una ola gigantesca. Para celebrar el triunfo de los mozos se inventó una danza de espadas que hoy día se baila delante de la Hostia y también delante de una imagen de la Virgen en lo alto de la ciudad, con la participación de mujeres robustas que llevan dos niñas vestidas de ángel sobre sus hombros y van saltando entre los bailarines de espadas. A las niñas se les llaman *Penlas* o *Penliñas* (quizá derivado del latín *puella*, jovencita o chica). En estos bailes primaverales, los movimientos de saltar, jadear, columpiar —o sea, de imitar a las oleadas de la vegetación creciente— figuran en primer plano. En algunas fiestas de Navidad, en Alemania y el norte de Europa, se “columpia” la imagen del Niño Jesús (14).

Las danzas de espadas se conservan en casi toda España, sobre todo en el norte y en la vertiente este. Los movimientos y posturas son esencialmente masculinos, de aire militar. En Roma, el dios Marte tenía una cohorte de bailarines saltadores que actuaban en el mes de marzo: los *Salii*, quienes, vestidos de capas y yelmos, ejecutaban bailes destinados a proteger los hatos y evitar el granizo; este mes estaba consagrado a Marte en su aspecto de dios labrador. Los bailes se volvían a ejecutar en el mes de octubre, época de la siembra.

En Valverde de los Arroyos (Guadalajara), los ocho danzantes del Corpus llevan un capirote en forma de mitra de obispo y capas de cintas de color, detalle que se encuentra a menudo en los trajes de las fiestas españolas, hasta en las graciosas *estudiantinas*. En Valverde, los bailarines están acompañados de un hombre que desempeña el papel de «tonto», aquí llamado «botarga», que lleva dos espadas de madera. El baile termina con unos pasos llamados «pasos de la cruz», acompañados de fifres y castañuelas. El «botarga» grita: «¡Viva Jesús sacramentado!», y todos se arrodillan para recibir la bendición del sacerdote.

Las mujeres contribuyen con ramos de roscas, hechas por las esposas de los hermanos de la Cofradía del Sagrado Sacramento. Ya hemos visto que las mujeres, en la mayoría de las fiestas, juegan este papel de cocineras encargadas de fabricar el pan o las roscas que se han de consumir al final de la fiesta. En Valverde

se subastan las roscas, y el dinero se vierte en la caja de fondos de la Cofradía.

En muchas romerías se subasta el derecho a llevar la imagen de la Virgen o del santo a su puesto en la iglesia después de una procesión o llevarla desde el porche al lugar donde hay representaciones de Moros y Cristianos, como ocurre, por ejemplo, en la fiesta-romería de La Franqueira (Orense), el 8 de septiembre. El profesor Lisón Tolosana ha descrito otras semejantes, subrayando su significación social. Es otra ocasión, sobre todo para los emigrados, de presumir del dinero que poseen.

Hablando con emigrados españoles en Inglaterra, he tenido varias ocasiones de constatar el efecto que les produce el referirse a «la fiesta de su pueblo». En seguida se abre «la puerta de la comunicación». Su expresión cambia, se vuelven más abiertos y relajados, cuentan cómo les fue durante la última fiesta a la cual asistieron, y terminan casi siempre por exclamar: «¡Aquí no saben lo que es una fiesta, no se pueden ni hacer idea!» Y tienen razón.

Los emigrados son, en su mayoría, gente de origen humilde, empleados en trabajos manuales, que no hablan, o mal, un idioma extranjero y no se han identificado de ninguna manera a la cultura ajena. Para ellos, la fiesta patronal de su pueblo sigue siendo la fecha más importante del año, que les permite volver al país, reunirse con su comunidad, vincularse con su cultura local, ponerse al corriente de la vida y de los acontecimientos de su pueblo. Supongo que una situación semejante se encuentra en ciudades españolas que utilizan trabajadores de otras regiones de España que vuelven, ellos también, a su pueblo para la fiesta. Sería quizá atrevido, no obstante, afirmar que la continuación de las fiestas en la época contemporánea se debe únicamente a las clases sociales más bajas.

Gracias a la iniciativa de intelectuales gallegos por ejemplo, se inventó hace unos diez años la fiesta llamada de «Los Vikingos de Catoirá» (Pontevedra), a fines de agosto, con el pretexto de celebrar la visita que hicieron unos vikingos hace mil años, según la leyenda, cuyo jefe se convirtió al cristianismo gracias al obispo Crescendo. Como a todos los españoles les entusiasma una fiesta, hasta los empleados de una fábrica de cerámica cercana contribuyeron a los gastos de esta novedad para alquilar orquestas, gaiteros, etc. Como los gallegos son grandes admiradores de la elocuencia, encargaron a poetas regionales para organizar la parte supuestamente «histórica» de la fiesta y las investigaciones iniciadas acerca de los trajes adecuados que habría que llevar.

Otra fiesta seglar y de origen burgués fue inaugurada hace sesenta y pico de años en Betanzos (La Coruña) por gente acomodada que quería, según me contaron sus descendientes, «romper la monotonía de un verano largo fuera de la capital (Madrid) sin mucho que hacer para distraerse». La fiesta «de los Caneiros» consiste en decorar barquitos en los cuales se suele subir al río al atardecer, según las mareas; bailar debajo de pinos en las orillas a una hora del punto de partida, y volver, cantando y bailando a bordo, comiendo y bebiendo lo suficiente para vol-

ver a Betanzos de muy buen humor a eso de medianoche, en medio de fuegos artificiales. Esta fiesta, que tiene lugar el 17 de agosto, no tiene nada que ver con la liturgia.

Llegado el verano, y en particular el solsticio, la noche de San Juan, el 23 de junio, fecha asociada en casi toda Europa con magia y brujerías, se asiste a la repetición de las fiestas del solsticio de invierno; el sol está en su apogeo y pronto decaerá; hay, de nuevo, que asegurar la abundancia de las cosechas y de los seres, hay que echar los espíritus maléficos y se hacen pronósticos acerca de los novios: el amor humano y la creación vegetativa vuelven a asociarse en los ritos. Reaparecen los símbolos del árbol, del fuego, y del agua (de San Juan) con sus propiedades curativas. El fuego, o la luz, están simbolizados por hogueras a través de las cuales se salta para incorporar su fuerza vital y mantener el ritmo de la tierra.

Otra vez luchan entre sí las fuerzas del bien y del mal; es una época «caótica» como la de fin de año y hay que restablecer el equilibrio de los «hunáticos» (en el invierno, los «tontos» simbolizan la crisis que se produce en los elementos y hasta en las mentes). Es época para echar a los demonios y curar a los «poseídos», creencia que perdura en la curiosísima fiesta de Nuestra Señora del Corpiño (Galicia), estudiada a fondo por el profesor Lisón Tolosana. Solamente añadiré a este propósito, para los que creen que se trata de un rito primitivo que no debiera ser reconocido por la iglesia, que el exorcismo, adoptado por la Iglesia anglicana, se utiliza con frecuencia hoy día hasta en Londres, donde existen pastores especializados en esta forma de curación.

El poseído es un ser desequilibrado o «invadido por fuerzas maléficas» en términos que hacen sonreír a los escépticos; pero todos somos un poco desequilibrados, y una de las razones más profundas, aunque inconscientes, de las fiestas en general es la de relajarnos, de ponernos en contacto con fuerzas benéficas bajo la advocación de Cristo, de la Virgen o de los Santos; para los humanistas, la simple convivencia humana y las manifestaciones de hermandad con los prójimos da el mismo resultado.

Parece que es esencial, para el bienestar y equilibrio del organismo humano, la constante recapitulación, la repetición de aniversarios familiares, desde los cumpleaños individuales hasta las fechas litúrgicas o comunales que rompen la rutina, la monotonía del ciclo del año. El hombre es un ser polirrítmico. Hoy día se está estudiando el ritmo individual del cuerpo humano con resultados interesantísimos (véase *Body Time*, por GAY LUCE). Quizá sea aún más importante observar el ritmo del ciclo anual en las urbes que en los pueblos: allí no se trata de «romper la monotonía» tanto como de frenar y reparar los gastos físicos y mentales.

Aquí no puedo abarcar otras facetas de las fiestas como las de los regalos y rogativas, el intercambio de obligaciones del «si yo te doy, tú me darás», y la afirmación de la personalidad a través de la presencia de familiares y amigos. Tampoco es el lugar de abordar la faceta religioso-espiritual de las fiestas, aunque perso-



nalmente la estimo esencial.

Sería imposible, y de escaso interés, hacer un resumen de las innumerables fiestas veraniegas de España. Como simple confirmación de lo anteriormente dicho en cuanto a la repetición de los símbolos de otras estaciones, recordemos la enrevesada fiesta de la *Pinochada* de Vinuesa (Soria), estudiada por Michael Kenny, con su batalla entre hombres y mujeres, el papel importante del árbol, danzas tradicionales con el gracioso revolteo de banderas característico de muchas fiestas españolas, el ciclo de fiestas en tantas regiones en honor de la Asunción de la Virgen (15 de agosto), como las de La Loa, en La Alberca (Salamanca), y el Misterio de Elche (Alicante), con sus restos de autos sacramentales, danzas típicas, papel de los niños que representan ángeles, el papel curativo de la imagen de la Virgen que se lleva a las casas de enfermos después del Misterio, etc.

Las fiestas y romerías se extienden hasta noviembre, mes de ferias de ganado, de castañas que se comen después de hurgarlas en los rescoldos, como en las fiestas gallegas del *Magosto*, del 11 de noviembre, día de San Martín. Los mozos y las mozas se persiguen, tiñéndose con el exterior negruzco de la castaña quemada; volvemos con ellos al símbolo de la tierra negra y fecunda, y a la estación de las ánimas. El ciclo se cierra, el dragón se muerde la cola de mazapán dulce, dulce como el año nuevo, que se desea feliz y provechoso.

## NOTAS

- 1.- Hoy día se están introduciendo bailes en las Iglesias anglicanas; hasta hubo un *ballet* religioso en la abadía de Westminster en 1974.
- 2.- Los símbolos de base corresponden a los cuatro elementos esenciales para la vida humana: tierra (pan y vino), aire y agua (lluvia para las cosechas), luz y fuego (sol). Si estos elementos llegan a ser extremados, revisten un aspecto negativo o «malévolo» (p. ej.: infertilidad, sequía, inundaciones etc.).
- 3.- Los cadáveres *fecundan* la tierra, devoliéndole lo que pertenece a ella. De ahí la idea que, si se despierta la tierra, también se despiertan los muertos.
- 4.- La relación luz-divinidad, que se encuentra en muchas religiones, era muy familiar a los judíos, que creían que «Dios se nos acerca por medio de la *Shekinah*, descrita como la “luz de Dios”».
- 5.- Es un tambor de fricción, considerado como una mujer embarazada, según una canción recogida en Ciudad Real (Concurso de Canciones, 1946), que dice: «La zambomba está preñada — y ha de parir en enero; — ha de parir un chiquito — que se llame zambombero.»
- 6.- Los periodos de transición de los solsticios de invierno y de verano son considerados como caóticos y capaces de producir locura en los individuos; en muchas fiestas, por consiguiente, se representan a «tontos»; así se llama a los que bajan de los montes de Málaga, cantando y bailando, para las fiestas del 28 de diciembre (de los Inocentes), con sombreros anchos decorados de flores, hojas, fruta representando los productos esperados de la primavera. El «tonto» o bufón es un ser dual (no es un cómico) en el cual los contrarios chocan y crean una inquietud continua.
- 7.- El filósofo árabe Averroes, nacido en Córdoba en el siglo XII, anticipó el «subconsciente colectivo» de Jung con su teoría de una mente o alma humana común, «como si fuese una reserva psíquica que brota en varias ramas o personalidades, a la manera de una planta acuática con muchas cabezas visibles a la superficie del agua, pero juntándose todas en una raíz debajo del agua» (Tr. P. J. Rickaby, S.I.). El psicólogo norteamericano William James (1842-1910) propuso la idea de «un depósito espiritual colectivo» en el cual están acumuladas las experiencias de todos los seres humanos a través de la historia; las vidas humanas individuales son como árboles cuyas raíces se entrelazan íntimamente en la tierra donde nacieron. Consta que, en estos dos casos tan separados por el tiempo, los filósofos han hecho uso, en sus metáforas, de los elementos vitales del agua y del árbol.
- 8.- Se comían pescados en las cenas ceremoniales sirias de la diosa Atargatis para obtener la inmortalidad, y la religión cristiana adaptó a su ideología nueva este antiguo símbolo.
- 9.- La serpiente puede ser maléfica o benéfica, según su interpretación simbólica. Puede curar —es el símbolo de los médicos desde Hermes—, detiene los secretos de la sabiduría y de la ciencia que, como su lengua bífida indica, puede ser utilizada con fines destructivos o positivos. Es una advertencia que sigue siendo muy actual.
- 10.- En Hungerford, Berks (abril), y en Padstow, Devon (mayo).
- 11.- El toro es el signo jeroglífico de la fecundidad; en el zodiaco indica la primavera; en el cosmos corresponde al sol y al fuego.
- 12.- El tambor y la flauta forman el grupo instrumental más antiguo; según una tradición casi universal, tambor y flauta «hablan». El batir sordo del tambor es un sonido-símbolo de la fecundidad (tierra). El son sutil de la flauta se interpreta como el son del alma o del espíritu (femenino-aire).
- 13.- En el simbolismo cristiano, el 6 representa generalmente los seis días de la creación, y la Virgen María.
- 14.- El filósofo chino Tung Tschung-schu dice que para obtener la lluvia deberá ser agitado el elemento Yin (elemento femenino que encierra el agua) y además habrá que venerar al dragón del agua o, por lo menos, exhibir su imagen.